

AYER MURIÓ MI MADRE

por Francisco-Manuel Nácher

Ayer murió mi madre. ¡Qué frase tan breve! ¡Y qué fácil de pronunciar! Sólo cuatro palabras. Pero, ¡cuántas cosas significa y contiene, y cuántas cosas clausura!

¡Qué cúmulo de pensamientos y de emociones se amontonan en mi memoria y pugnan en estos instantes por ocupar mi mente y mi corazón! ¡Cuántas escenas vividas, cuántas situaciones, cuantos acontecimientos, cuántos sacrificios, cuántos sobresaltos, cuántos sinsabores, cuántas incertidumbres en los malos tiempos, y cuántas alegrías y cuántas satisfacciones y cuántas risas en los buenos!

Mi madre siempre vivió ajena al mundo, a todo lo que no fuera su hogar, los suyos. Jamás le importó lo que sucediera al otro lado de la frontera familiar. Sólo cuando fue preciso introducirse en esa maraña, para ella inextricable y agresiva, que es la sociedad, se lanzó a hacer gestiones, a conseguir entrevistas, a pedir favores y a mendigar ayudas para salvar la vida de su marido y para dar de comer a los suyos. Luego, una vez logrado, volvió a encerrarse en su familia... hasta ayer.

Y ha muerto como vivió: Sin hacer ruido, sin molestar, sin estridencias, sin llamar la atención más allá del círculo familiar.

Al margen de sentimentalismos, sé, puedo afirmar con orgullo, que mi madre ha cumplido. Ha cumplido como hija, ha cumplido como esposa y ha cumplido como madre y aún como abuela y como bisabuela. Su vida ha sido dilatada y, como los patriarcas de la Escritura, ha podido conocer su descendencia hasta la tercera generación.

Es impresionante pensar que, entre todas las madres posibles, fue ella la que prestó oídos a mi deseo de nacer, y me ofreció su seno y su sangre y su amor para toda una vida, y yo surgí de ella y fui causa de sus ilusiones y sus miedos, de sus alegrías y sus tristezas, vivencias que nunca pude ni podré recordar porque se pierden en ese tiempo sin memoria que es la infancia. Esos años y esas vivencias eran patrimonio exclusivo suyo y se los ha llevado consigo.

Curiosamente, a los padres sólo se les llega a comprender, a valorar y a estimar con justicia cuando se es padre.

¿Y yo? ¿Hice lo posible por hacerla feliz? ¿Le creé problemas, le suscité preocupaciones? ¿Le proporcioné alegrías y satisfacciones? ¿La dejé participar de mis momentos felices? ¿La ayudé y asistí siempre que me necesitó? ¿Supe valorar y agradecer lo que, como madre, me brindó siempre, sin esperar compensación?

Ahora ya es tarde para hacer lo que no hicimos y para deshacer lo hecho. Ya no podemos modificar nada. Ni explicar nada. Ni justificar nada. Pero sí podemos agradecer, recordar, elevar el corazón, sentir su contacto, oír el eco de su voz y revivir sus consejos...

Ayer murió mi madre. Y con ella murió una parte importante de mí mismo. ¡Qué terrible sentimiento el de la orfandad! Porque, aunque anciana, gastada, ajada y afeada por los años, seguía siendo ella y a mí aún me parecía hermosa y llena de vida... y estaba ahí, al alcance de mi mano. Ayer aún tenía madre.

Ella seguirá ahora su camino. Se habrá reunido con mi padre, que, con toda seguridad, habrá acudido solícito y enamorado, como siempre, a recibirla, lo mismo que sus padres, a los que tanto quiso y tanto la quisieron. Y emprenderá una nueva etapa con la satisfacción del deber cumplido. El fardo de la vida quedará atrás, y sentirá su alma ligera, libre, sin limitaciones, y nos enviará sus recuerdos y su amor y recibirá nuestras oraciones y nuestra gratitud, y nuestros pensamientos cariñosos acariciarán su rostro...

¡Adiós madre! ¡Adiós mamá!

Pozuelo de Alarcón, 26 de febrero de 1.997